

ofrece una perspectiva distinta que enriquece el conjunto. Son como cuatro columnas en las que se asienta el edificio de la Iglesia. Esta imagen, sin embargo, resulta inadecuada por lo que tiene de estática y no expresar el correr vivo de la Tradición, ni permitírnos conocer cómo esos cuatro pilares sostienen a la Iglesia. Los cuatro evangelios, sigue diciendo Schnackenburg, no pueden ser simplemente sumados, sino que es preciso confrontarlos y, cuando es posible, coordinarlos. Recuerda que los evangelios se han formado de manera progresiva en un proceso continuo. El evangelio más antiguo es el de Marcos, base de los otros sinópticos y también de San Juan. Tradiciones sucesivas han enriquecido el *Urmarcus*, se han unido las tradiciones sobre los dichos de Jesús (Q), otras tradiciones judeocristianas y no pocas narraciones aisladas. La tradición completa de los evangelios, por tanto, forma un gran río que recoge nuevos torrentes y enriquece la imagen de Jesús con la reflexión sobre su persona. «La profundidad de la visión cristológica —afirma— alcanza su punto más alto en el evangelio de Juan» (p. 450).

Con Taciano se hizo un solo evangelio, el *Diatessaron*, con la intención de unificar los cuatro textos evangélicos. Fue una idea que no progresó, permaneciendo cada evangelio con su propia perspectiva y enfoque. En efecto, Ireneo habla claramente de los cuatro evangelios e ignora el evangelio único de Taciano. Vuelve a la imagen de los cuatro ríos, evocando el relato del Génesis y también el del Apocalipsis. De esa manera el evangelio es un caudaloso río cuatripartito que riega la tierra seca y calma la sed de la humanidad que languidece. Cita el pasaje de Jn 4, 14, donde el Señor promete el agua que saltará como una fuente hasta la vida

eterna. Viene a ser lo mismo que afirma Pablo cuando asegura que «el evangelio es la potencia de Dios que salva a todo el que cree» (Rm 1, 16).

Estamos ante una obra de sólida doctrina y buen hacer exegético, fruto de muchos años de docencia y de estudios del hoy Profesor emérito Rudolf Schnackenburg.

A. García-Moreno

Alexis RIAUD, *La triple Mission du Verbe Incarnée*, Paris 1995, 124 pp., 15 x 20.

En la presentación adelanta el a. su tesis al decir que «en los primeros siglos de la iglesia, particularmente en Oriente, las comunidades cristianas han vivido en la esperanza y la persuasión de que al fin de los tiempos, cuando el Señor llegue en su gloria restablecerá todas las cosas, ángeles y hombres, a su dignidad primera» (p. 11). Sigue explicando que esa creencia se apoya en diversos textos del Nuevo Testamento que anuncian la «restauración universal» (*apokatástasis*), expresión usada por San Pedro en Hch 3, 21.

De esta doctrina, sigue diciendo, se deriva que el infierno, aunque eterno si se le considera desde el lado de los condenados, no lo será efectivamente del hecho de la Omnipotencia y la Misericordia que, al fin de los tiempos, en su Hijo Cristo Jesús, reconciliará todos los seres, tanto terrestres como celestes «pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas...» (Col 1, 20).

En la Introducción afirma que hay que acoger la Palabra de Dios con prontitud y amor, acogerla tal cual es, sin buscar acomodarla a nuestros gustos, a nuestras opiniones o prejuicios y adherirnos a ella con todo nuestro espíritu y

toda la fuerza de nuestra voluntad, es decir con la fe como virtud teologal. Toda Palabra de Dios es una verdad de fe, es decir, exige la fe de la criatura. Añade luego que, como sabemos, esta Palabra de Dios se encuentra en las Escrituras, inspiradas por el Espíritu Santo, y especialmente en el Nuevo Testamento. Toda la doctrina que en ella se contiene es, por tanto, Palabra de Dios y verdad de fe. Este párrafo traducido casi al pie de la letra es la premisa que, a nuestro parecer, habría que matizar más. Lo que dice es verdad, pero no toda la verdad, ya que la Revelación, la Palabra de Dios, se contiene no sólo en la Escritura sino también en la Tradición que durante muchos siglos ha sostenido la eternidad del infierno. Además, cuando con toda razón afirma que no podemos concebir a Dios según nuestros gustos, se olvida que el gusto humano es precisamente pensar que el infierno no es eterno y no lo contrario, como parece insinuar.

El libro tiene tres partes. La primera se titula «Cristo Jesús primogénito de toda criatura, creador y santificador, redentor y reconciliador universal». En un primer capítulo trata del motivo que determinó la Encarnación, inclinándose por la sentencia que opina que la venida del Hijo de Dios hecho hombre se habría realizado, incluso aunque Adán no hubiera pecado. Habla luego de la misión de Cristo según las Escrituras, para terminar tratando de la triple misión del Verbo Encarnado: Creador y Santificador, Redentor y, finalmente, Restaurador universal.

La segunda parte se titula «A propósito de la eternidad del Infierno». Comienza estudiando la eternidad del infierno según las Escrituras. Recurre al género literario para decir que los pasajes en los que se habla de la eternidad

del infierno pertenecen al género literario apocalíptico, lo cual conlleva según A. Riaud la necesidad de no interpretar en sentido estricto la eternidad del castigo. Estamos de acuerdo en que es fundamental tener en cuenta el género literario de un texto para una hermenéutica correcta. Pero eso no es lo mismo que decir que todos los pasajes y datos de un escrito apocalíptico son necesariamente una mera ficción literaria, en los que no existe ningún elemento que sea histórico o verdadero. En ese caso tampoco se podría sostener la eternidad del premio concedido a los de la derecha en el juicio de Mt 25, 31-45.

Aborda la cuestión de la libertad y el infierno, pues pudiera ser, dice el a., que uno se empeñara en seguir de espaldas a Dios. Aún así el Señor podría, sin violentar la voluntad del hombre, hacer que éste se salvara. Trata luego de Dios y el infierno. Recurre a diversos textos del Papa en los que insiste en la misericordia divina. Es una cuestión que se sigue planteando, cómo armonizar la condenación eterna con la eterna misericordia divina. Es un misterio impenetrable, dice Juan Pablo II, entre la santidad de Dios y la conciencia humana. «El silencio de la Iglesia es la única actitud conveniente... La posibilidad de la condena eterna es afirmada en el Evangelio sin que se pueda admitir ambigüedad alguna. ¿Pero en qué medida se cumple esto en el más allá? Es, en definitiva, un gran misterio» (es una cita en pp. 85-86).

La tercera parte, «Cuestiones anexas», trata de la evolución del pensamiento católico desde una interpretación cada vez menos rigorista a otra más laxa. Habla de Orígenes y del origenismo, del Purgatorio y del número de los condenados, así como del retorno glorioso del Señor. Se refiere a

las revelaciones a Santa Margarita María de Alacoque y a la Beata Faustina Kowalska, sobre la misericordia divina. Estos testimonios son valiosos para encender la piedad y despertar un sano temor de Dios. Pero no resultan válidos en la cuestión, lo mismo que no lo son las revelaciones hechas en sentido contrario sobre los condenados y sus tormentos. Termina con una larga oración al Dios de las misericordias. En ella se citan innumerables textos que nos describen a Dios como un Padre misericordioso, y se omiten los textos que hablan con claridad de la justicia divina. Nos parece que la tesis está por demostrar. No obstante es de elogiar el intento de «explicar lo inexplicable».

A. García-Moreno

Donald J. MASTRONARDE, *Introduction to Attic Greek: An Electronic Workbook*, (Cuatro discos para Macintosh Mc OS 6.4; se recomienda OS 7), University of California Press, 1995.

Donald J. Mastronarde, profesor de lenguas clásicas en la Universidad de Berkeley y autor de una excelente obra para estudiantes de griego, ofrece ahora un pequeño «laboratorio para el ordenador» que se puede utilizar con gran provecho con cualquier manual de gramática. No sólo es una gran ayuda para el principiante sino también para los que necesitan un «repaso». El programa viene en cuatro discos que contienen los elementos básicos de cualquier introducción al griego clásico: una guía de pronunciación y numerosos ejercicios de acentuación, de substantivos, adjetivos, pronombres, identificación y uso correcto de formas verbales, vocabulario, etc. No es ventaja pequeña poder tocar con la flecha del ratón una palabra

en la pantalla y escuchar la pronunciación correcta. En los ejercicios de actuación, por ejemplo, vemos en la pantalla una palabra a la que hemos de poner el acento correspondiente. Con velocidad electrónica, el estudiante conoce inmediatamente si su respuesta es o no correcta y en qué consiste el error (tipo de acento o sílaba). Una ventaja de este programa es que puede ser muy fácil traducirlo a otro idioma. En el folleto se invita al usuario a enviar sugerencias para mejorar el programa, pero no hay duda de que la misma existencia de este laboratorio de griego clásico merece un aplauso para quienes lo han creado.

A. de Silva

M. GOURGUES-L. LABERGE, *Bien des manières*. *Recherche biblique aux abords du XXI^e siècle* («Lectio divina», 163), Paris 1995, 491 pp., 21 x 13.

Con este volumen se celebra el cincuentenario de la ACEBAC («Association Catholique des Etudes Bibliques au Canadá»). Su presidente, J. P. Prévot explica en el Prólogo que con este trabajo de numerosos biblistas se intenta presentar un cuadro del estado actual de los estudios en los diversos campos bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, desde el Pentateuco hasta el Apocalipsis. Los períodos considerados por cada autor varían, según sus apreciaciones sobre el desarrollo de los estudios y corrientes exegéticas.

Robert David estudia las tendencias actuales sobre las tradiciones del Pentateuco. Recorre la bibliografía publicada desde 1970 y muestra un amplio panorama de la cuestión, al mismo tiempo que apunta al horizonte de los nuevos estudios. Respecto a la presencia e